de probar que cuanto aquí sobresale, se distingue y adquiere poder é influencia, es de la misma condición desaforada é indigna.

No es posible que la *caquistocracia* se entronice y dure cuarenta años en una nación libre, á no suponer lo contrario de lo que supone el Sr. De Liniers: que el *grupo exiguo* consta de santos y discretos, arrinconados y oprimidos por una inmensa mayoría de malvados y de tontos.

DE LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA (1).

I.

Aunque sea repetir lo que nadie ignora, lo que á todos nos aflige y lo que yo mismo he repetido mil veces, estamos atrasados; y si bien, á pesar de tantos trastornos y luchas, vamos saliendo del atraso, es muy lento el adelantar, comparado al de otras naciones, y tiene además mucho de extraño en el impulso.

En la civilización europea hay un no sé qué de inexpugnable, de resistente y de inmortal. Esto me tranquiliza; esto me hace comprender que no es posible que España se hunda, y que sus ciudades vengan á ser como Palmira, Nínive y Babilonia.

(1) Con ocasión del tomo de la Biblioteca de Autores Españoles, titulado: *Obras escogidas de filósofos*, con un discurso preliminar del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro, individuo correspondiente de las Academias Española y de la Historia: Madrid, M. Rivadeneyra, 1873. Se publicó este artículo en diciembre de dicho año en la *Revista de España*.

En medio de la horrible decadencia política, hay adelanto; pero nos llevan á remolque y no nos movemos con propio movimiento.

Nace de aquí el remedo inhábil que nos saca de lo *basto* para caer en lo *cursi*. Esta fea palabra tiene aplicación á todo, desde el arte de cocina hasta la filosofía. El que quiere comer á la francesa y no tiene bastante dinero para costear un cocinero francés, toma cocinera española, de las que están en el período de transición y remedo, y en lugar de los guisotes ordinarios, pero sabrosos, que antes comía, se deja emponzoñar con bodrios abominables. Lo propio sucede con los muebles, vestidos, modales, conversación familiar, amena literatura y hasta política. La imitación torpe nos pone en ridículo, y en negocios de importancia tiene además consecuencias fatales.

Por otra parte, el mal éxito de nuestros esfuerzos nos induce á la desconfianza. En filosofía no atina el vulgo de los mortales á comprender casi nada y á dar su parecer; pero como nota que se guisa mal, que no se teje bien, que se *politiquea* pícaramente y que estamos dejados de la mano de Dios en todo, se atreve á inferir de lo conocido y claro lo desconocido y obscuro, y afirma por inducción y analogía que nuestras especulaciones filosóficas, si se rasga el velo misterioso que las encubre, han de ser un *cursilonismo* frenético y vano.

Aficionado yo á la filosofía, me siento tan incluído en este anatema como los profesores, y así he tratado siempre de calmar la desconfianza del

vulgo, y de amansarle ó domesticarle para la filosofía.

El mejor medio para esto es el probar y dar á conocer que hay un pensamiento propio filosófico en España, y que, en medio de los progresos que se hacen en filosofía, como en las demás ciencias, este pensamiento propio no debe desaparecer. Antes debe mostrarse, aprendiendo lo que dijeron nuestros sabios antiguos, y enlazándolo con lo que ahora pensamos y decimos, hasta donde se pueda. Me lisonjeo, pues, de ser uno de los escritores españoles que, si bien en obrillas ligeras y sin fundamento, ha insistido con mayor perseverancia en que se estudie la historia de nuestros filósofos, en que se expongan de nuevo sus olvidadas doctrinas, y, en suma, en que reanudemos con los pasados nuestros pensamientos de ahora.

No pocos amigos me han precedido ó me han seguido en este empeño, siendo los más beneméritos D. Víctor Arnau, D. Gumersindo Laverde, D. Luis Vidart, el malogrado y discreto D. Julián Sánchez Ruano, D. Federico de Castro y Don Francisco de Paula Canalejas. El mismo Cánovas del Castillo, escribiendo su curioso y erudito estudio sobre los políticos españoles del tiempo de la dinastía austriaca, ha despertado mucho la curiosidad pública hacia dicha materia, incitando á las gentes á conocer la ciencia fundamental en que dichas doctrinas políticas se apoyaban.

Hasta ahora, con todo, no se han hecho sobre la filosofía española, propiamente dicha, sino trabajos parciales ó reseñas generales muy ligeras,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

como la de D. Luis Vidart y la Introducción al libro de que vamos á dar cuenta en este escrito. Los franceses y los alemanes se nos han adelantado en esto, escribiendo principalmente sobre nuestros filósofos judíos y mahometanos.

II.

Antes de entrar en el examen de la obra de Don Adolfo de Castro, me importa hacer algunas observaciones ó aclaraciones, inútiles quizás para los doctos, muy conducentes para la generalidad de los lectores. Es la primera que, si bien la filosofía, si es verdad y ciencia, debe ser la misma en todas partes, no por eso ha de negarse que pueda haber ó que haya una filosofía española, como hay una filosofía alemana, griega, francesa ó escocesa. Más seguro está el católico de sus dogmas que el filósofo más dogmático lo está de su filosofía, y acepta con todo que tome el catolicismo cierto carácter peculiar y exclusivo en cada uno de los pueblos que le admiten y profesan. Bellamente explica esto Manzoni en su oda á la Pentecostés, comparando con la luz la venida del Espíritu Santo; pues siendo la luz una, suscita diversos colores según las superficies en que se posa, y por semejante, aunque más alto ministerio, puede la luz de la verdad mostrarse diversamente en los pueblos en que se difunde, permaneciendo siempre la misma.

Así, pues, sin detenernos en más explicación,

baste con la dada para que se crea que puede haber muchas filosofías, ó dígase filosofías nacionales, sin que por eso sea más de una la filosofía verdadera y sana, de que todas ellas conviene que estén informadas y como nacidas.

Otra cuestión importante y también previa es la de resolver si hay ó no una filosofía española. Para ello se ha de empezar haciendo una distinción. Si por filosofía española hemos de entender el desenvolvimiento filosófico del pensamiento español en una dirección marcada, llevado á cabo por una serie ó sucesión de pensadores, cuyos trabajos se enlazan y se completan, formando todos ellos un conjunto dialéctico, con caracteres propios, á pesar de la diversidad, el cual desenvolvimiento no puede menos de ejercer, y ejerce efectivamente, un influjo extraordinario en la historia general de la filosofía, creo yo que no existe ni ha existido jamás tal filosofía española. Grande es mi amor patrio; pero no me ciega hasta el punto de sostener que haya habido en España nada parecido á lo que se llama filosofía francesa, desde Descartes hasta el día; á lo que se llama filosofía alemana, desde Kant hasta los últimos discípulos de Hegel, por un lado, y hasta sus más recientes contradictores por otro; y de lo que se llama filosofía griega, más completa, más grande, más única, más enlazada dialécticamente en su desarrollo, desde Tales y Pitágoras hasta Sócrates, y desde Sócrates á los últimos filósofos alejandrinos. Consolémonos, con todo, de esta falta con que otras naciones, que han tenido y tienen máxima parte

en la obra de la civilización del mundo, no pueden jactarse tampoco de tener, en dicho sentido, una filosofía. En dicho sentido, si no hay filosofía española, tampoco hay filosofía italiana.

Hasta la edad moderna, hasta después de rota la unidad católica de las naciones de Europa por el esfuerzo de Martín Lutero, no hubo, en el sentido mencionado, ninguna filosofía nacional. Y no sólo el principio religioso común contribuía á esta unidad de la filosofía, sino también la unidad de la lengua en que se filosofaba, que era la latina. Parece que no, á primera vista; pero si con atención se considera, se advertirá que acaso la índole de la lengua en que se filosofa provoca y despierta en el ánimo pensamientos é ideas y quizás hasta sistemas que de otra suerte no hubieran nacido. Y no se nos acuse por esto de dar sobrada importancia á la palabra, que en sí no es más que un signo; porque la palabra fué hechura espontánea de la mente humana, y antes es natural y nada tiene de misterioso el que vuelva la mente humana por la reflexión y por el discurso á explicar y completar lo que al principio creó de un modo espontáneo y dejó en embrión en el habla vulgar, como por instinto profético. Sea como sea, las escuelas filosóficas, que llevan el epíteto patronímico de una nación, tienen por carácter exterior que casi todos cuantos trabajos pertenecen á dicha escuela están en el idioma de la nación misma. Y con ser exterior este carácter, determina, sin embargo, dichas escuelas filosóficas; prueba cierta de que se funda en algo de interior y más profundo:

así, por ejemplo, cuando se habla de filosofía alemana, á nadie se le ocurre pensar en Alberto Magno ó en Reuchlin; y cuando de filosofía francesa, nadie piensa en San Bernardo, en Abelardo ó en Pedro Ramus. Las filosofías alemana y francesa, propiamente dichas, son modernas, y están en alemán y en francés. Antes, Francia y Alemania tuvieron filósofos, mas no tuvieron peculiar filosofía. Tal es, si no la razón, una de las razones por qué no la tuvo España. Posteriormente, nuestro atraso y decadencia, con relación á las demás naciones, no han consentido que la tengamos.

Esto no obsta para afirmar que siempre, y principalmente en tiempos antiguos, hayamos tenido filósofos, los cuales, singular y aisladamente, han ejercido influjo en el pensamiento general y en el desarrollo de la civilización europea. Si esto puede llamarse filosofía española, hay una filosofía española; pero en su historia se da poca unidad y trabazón, si no se toma como unidad el lugar del nacimiento de los filósofos, ó el total desenvolvimiento intelectual de España, de que dicha filosofía forma parte. Sólo como filosofía, cada período de la historia de la española es un suplemento que nuestro amor patrio debe poner, ora á la historia de la filosofía cristiana en los primeros siglos de la Iglesia, ora á la historia de la filosofía rabínica, ora á la de los pueblos mahometanos, ora á la escolástica y ora á la del renacimiento y á la escolástica nueva. En los tiempos más modernos, algo estimable se ha escrito; pero ya peca por anacrónico y anticuado, ya es remedo y aun si se quiere

buena imitación de filosofías extrañas. La francesa y la escocesa han tenido no pocos prosélitos é imitadores españoles; hoy toca su turno de privanza, favor y auge á la filosofía alemana. Krause, sobre todo, es el rey, el ídolo, el numen de nuestras escuelas.

No niego yo, con todo, que estudiados detenidamente nuestros filósofos, para lo cual habría que revolver y leer muchos infolios y extractar de ellos la substancia, no se hallase algo de característico en todos que diese cierta unidad á la historia de la filosofía española, la cual debiera comprender asimismo á los filósofos portugueses. Este trabajo está por hacer como es debido, y no debe extrañarse, ya que hasta de una buena historia política y general de España carecemos.

El libro del Sr. Vidart, titulado modestamente *La filosofía española, Indicaciones bibliográficas*, cumple muchísimo más de lo que el título promete; pero si queremos considerarle, á pesar de la modestia del autor, como una historia de la filosofía en España, deja que desear bastante. Mucho más deja que desear aún, fuerza es confesarlo, el *Discurso preliminar* que ha puesto el señor D. Adolfo de Castro al tomo LXV de la Biblioteca de Rivadeneyra, que contiene *Obras escogidas de filósofos*.

Sobre la elección misma de estas obras escogidas hay no poco que decir. Sin duda que la significación de la palabra filosofía es elástica. Para muchos todo lo que no es ciencia experimental, ni novela, ni historia, ni poesía, ni jurisprudencia, ni medicina, pasa por filosofía. Filosofía, si hemos de atender al valor etimológico de la palabra, es amor al saber; de suerte que todo el que no sabe y desea saber es filósofo, y filosofía lo que escribe. Tomada la filosofía en este sentido lato, son obras filosóficas algunas de las que el Sr. Castro ha recopilado. En otro sentido, no lo serían quizá.

Desde luego, cualquiera convendrá en que la política y la economía social no son filosofía, sino ciencias segundas que pueden bien fundarse en principios filosóficos; pero que también pueden fundarse en la mundana experiencia, en el sentido común ó en ideas tomadas de una religión positiva. Así, pues, las obras de Fr. Bartolomé de las Casas debieran haberse dejado, lo mismo que los tratados de Albornoz *De la limosna* y *De la esclavitud*, y el de Luis Vives *Del socorro de los pobres*, para una colección de obras de políticos y de economistas, que bien pudiera publicar también la Biblioteca de Rivadeneyra. No es esto negar que en dichos tratados haya algo de filosofía; pero no son en realidad filosofía.

Menos filósofo aún me parece Fr. Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo. Más bien pudiera considerarse como político, y más bien aún como polígrafo, declamador, retórico y erudito.

No negaré yo que la moral es parte de la filosofía; pero lo es cuando se trata la moral con fundamento filosófico, y no como tejido de declamaciones y lugares comunes, más ó menos elegantemente entrelazados.

Las *Centellas de varios conceptos*, de D. Joa-

quín Setanti, incluídas también en el tomo de filósofos, son elegantes y discretas; pero, severa y propiamente entendido el asunto, tampoco son filosofía. Estarían mejor en un tomo de moralistas ó de políticos. Á salvo dejo, no obstante, el mérito de tales *Centellas;* y para mostrarle, citaré aquí algunas, que parecen escritas hoy por el más desesperado de nuestros políticos: «Los negocios que tocan directamente á la conservación y bien de la república, no son tratados con la fidelidad y diligencia que requieren; porque son muchos los que en ellos intervienen, y han llegado ya los tiempos á tan grande rotura, que los hombres, por sólo una onza de interés particular, suelen echar á perder cien arrobas de beneficio público.» «Desdichada es la ciudad ó la provincia cuya encaminada perdición es conocida de todos generalmente, y nadie toma la mano para el remedio de ella; porque de esto se conoce la falta de virtud que hay en los hombres que la gobiernan, de que nace la total ruína de la cosa pública.» «La ambición y la codicia desbarataron la máquina del buen gobierno, y ellas sustentan agora el desorden, sin esperanza de remedio humano.» Esto se escribía á principios del siglo XVII, en 1614, en la edad de oro de España, en el apogeo de nuestra grandeza y poder. Bien es verdad que, si entonces aún no se había inventado la doctrina del progreso, y por lo común se creía en la vejez del mundo, ya Setanti columbraba dicha doctrina en estos pensamientos: «Es burla pensar y decir que el mundo está ya del todo perdido,

porque si bien consideramos las cosas pasadas, hallaremos que unas han empeorado y otras recibido mejoría; de que podremos sacar las condiciones del tiempo y compensar los males con los bienes, para no quejarnos tanto de él como solemos.» «La mayor parte de los hombres juzgan la mudanza de los tiempos sólo por lo que han visto en el discurso de su vida, y con esto les parece que va de mal en peor; pero si todos pudiésemos tener presente la memoria de las cosas sucedidas, desde el principio del mundo hasta agora, sin falta que toparíamos con tiempos tan perdidos, que éste, sin comparación, nos parecería el siglo de oro.»

También inserta el Sr. Castro en su colección algunas obras de Gracián, sutil, archiculto, conceptuoso y afectadísimo prosista. Sin duda que este escritor original muestra á veces ciertas súbitas iluminaciones de filosofía; pero el conjunto de sus agudezas y discreciones no tiene mucho de filosófico. No es esto decir que no sea Gracián un autor de singularísimo mérito, admirado en su tiempo, imitado y traducido en Francia, Alemania y otras naciones.

En resolución, y sin seguir examinando y pensando uno por uno los méritos de los filósofos y de las obras escogidas por el Sr. Castro, me parece que no dejan bien parada la filosofía española, ni nos hacen concebir de ella muy aventajado concepto.

El Sr. Castro tiene disculpas bastantes, y yo no le censuro. Me limito á consignar un hecho.

Entre las disculpas pueden darse las siguientes:

1.ª Que á no traducir del latín, entre las obras escritas en castellano, ó traducidas ya á este idioma, no se cuentan las mejores de nuestros filósofos; y

2.ª Que tal vez sean nuestros místicos nuestros más elevados y originales filósofos; pero, como ya los más notables místicos han sido publicados en otros tomos de la Biblioteca, el Sr. Castro no ha querido incluir otros menos famosos en su colección de obras filosóficas.

Pudiera, sin embargo, replicarse que hay libros de más alta filosofía en castellano que los publicados en el volumen. Sirvan de ejemplo el *Cuzari* de Jeuda Levita, traducido por el Hachan Rabí Jacob Abendaña, y los *Diálogos de amor* de León Hebreo, que tradujo el inca Garcilaso. Mas esto no prueba nada en contra del Sr. Castro: sólo prueba la conveniencia de que no sea único el tomo de *Obras escogidas de filósofos*, y de que, ya que se ha empezado la colección, si bien con poco orden y método, se aumente algo con libros que lo merezcan.

Tampoco hallo muy difícil, ni juzgo muy dispendioso para el editor Rivadeneyra, el hacer traducir algo de lo mucho bueno que sobre filosofía hay escrito en latín por autores españoles ó portugueses. Elegido esto con criterio, pudieran publicarse otros dos volúmenes, que dieran idea más alta de la filosofía española que el volumen ya publicado.

III.

Réstame hablar ahora del *Discurso preliminar*, lleno de curiosas noticias y de atinadas y juiciosas observaciones sobre los hombres más notables que han cultivado en España la filosofía. Claro está que el Sr. Castro no ha pensado escribir una historia de la filosofía en España. Por lo tanto, no se le puede acusar, ni por la falta de método, ni por la omisión de no pocos, entre esos hombres más notables, ni por la mucha extensión y encomio con que trata á algunos que no lo son, al menos como filósofos. Importa, no obstante, hacer ciertas observaciones sobre esto, no para acusar ni censurar, sino para completar y rectificar hasta donde sea posible, en un breve artículo de periódico, escrito á vuela-pluma, sin reposo y sin tiempo para consultar autores.

De la filosofía muslímica y rabínica habla poco el Sr. Castro, y en verdad que fué filosofía tan española ó más española que la de Séneca. Averroes, Maimónides, Avicebrón, Jehuda-ben-Leví de Toledo, y otros muchos, nacieron en España como Séneca, y sus doctrinas filosóficas tienen más de original y castizo, que la del estóico gentil y greco-romano. Como filosofía, han tenido también las obras de los judíos y mahometanos citados mayor influjo en el mundo que las declamaciones morales del maestro de Nerón.

La cultura filosófica, científica y poética de los

judíos en la Edad Media, en España, tuvo sobre todo un florecimiento tan extraordinario y de tal valor, que merecía que nosotros nos empleásemos en darle á conocer á nuestros compatriotas. En Francia y en Alemania se publican, se comentan, se traducen y se encomian las obras de los judíos españoles.

En España poco se habla de ellas. Se diría que cuando los expulsamos los quisimos expulsar para siempre, y borrar hasta su memoria de entre nosotros.

Para dar á conocer en resumen la filosofía judáica española en la Edad Media, no se necesita, con todo, acudir á las primitivas fuentes. Los trabajos de Munk, Franck, Sachs, Geiger y Cassel, pueden bastarnos.

No me incumbe en este artículo, y así como por incidencia, extenderme sobre esto; pero no puedo resistir al deseo de hacer ligeras indicaciones, que despertarán la curiosidad y el interés del que no sepa, y recordarán á nuestros eruditos cosas que ya tienen olvidadas de puro sabidas. Por lo demás, entiéndase que yo no presumo de escribir para los sabios, sino para los ignorantes, y á fin de poner algunas cosas al alcance del vulgo.

Salomón ben Jeuhdah Gabirol, nacido en Málaga en 1035 (1), es quizás el más profundo y original de los filósofos judíos. Hay en su *Fuente de la vida* mucho de Platón y Aristóteles combina-

(1) *Die religiose poesie der Juden in Spanien*, von doctor Michael Sachs: Berlin, 1845.—*Geschichtliche Entwickelung*, pág. 213. —*Etudes orientales*, par Adolphe Franck: Paris, 1861, pág. 368.

do y armonizado como en Plotino y en otros eclécticos de Alejandría; pero sobre estos elementos resalta el pensamiento propio del autor de una manera originalísima y poética. Cualquiera vería en su obra la de un digno precursor de Hegel, si no hubiese algo en el filósofo malagueño que va más allá de Hegel, que profetiza una filosofía del porvenir, á saber: la tentativa, el conato de reunir y concordar principios hegelianos con la idea de un Dios personal y todopoderoso, cuya voluntad es la causa efectiva de los seres. Para Ben Gabirol, la lógica y la metafísica son lo mismo. Si la ciencia primera, si la metafísica no confirma lo que supone la lógica, ésta es una ciencia vacía, un conjunto de quimeras vanas y sin realidad. La realidad y la verdad son términos idénticos. El género, pues, es la materia; la diferencia es la forma. Los seres se distinguen, se diferencian por la forma. En el género se confunden y se reducen á la unidad de la substancia única (1). Esta substancia, este sér, esta materia prima é indeterminada, es el origen de todas las cosas espirituales y corpóreas. Las formas son las que intervienen para producir luego la diversidad y las diferencias. La materia prima es, sin forma, una mera posibilidad; el sér en potencia. Pero las formas mismas se identifican en una sola forma, en una sola idea, que está en la inteligencia; en Dios.

Esta inteligencia, esta idea, esta forma pura y única, se difunde por todo el sér en potencia, y le

(1) *De la philosophie scolastique*, par B. Hauréau: París, 1850, pág. 372 y siguientes.

abarca y comprende y penetra. Es como una luz, cuyo fulgor disminuye á medida que se aleja de su centro. Esta luz saca el universo de la materia prima, del caos, de la posibilidad del sér, de un sér que se equipara con la nada. La esencia de esta luz es una é invariable; pero produce la diversidad de las cosas, brillando más intensamente en unas que en otras. La inteligencia, por lo tanto; la idea, esa luz increada, es el solo principio de los sères; la existencia de una cosa es su forma; la verdadera realidad es la idea. El mundo sensible es una imagen del inteligible. Lo que sucede en el universo sucede con más pureza en el alma humana, y es, permanece y no sucede en la mente divina. La creación es, por consiguiente, como un libro lleno de signos y letras y cifras, que representan el pensamiento de Dios: la idea. «Cuando la vista, dice nuestro filósofo, percibe los caracteres y signos de este libro, el alma recuerda su sentido verdadero (1).»

Este sentido es una cosmología y una teodicea elevadísimas, de donde han tomado mucho, sin duda, algunos filósofos escolásticos y hasta grandes poetas de la Edad Media.

Por cima del mundo de los cuerpos está la potencia activa y ciega que se llama naturaleza; por

(1) Franc, *Etudes*, págs. 373 y 374. Es de notar cómo toda esta doctrina se asemeja á la expuesta por otro precursor de Hegel, el famoso zapatero místico Jacobo Boehmen, en su libro titulado *De signatura rerum, dast ist, Bezeichnung aller Dingen, wie das Innere von Eussere bezeichnet wird*. Impreso en 1635, sin lugar de impresión.

cima de la naturaleza está el espíritu, fuerza general que la anima, compenetrándola; y comprendiendo naturaleza y espíritu, está la inteligencia (1).

Todavía, empero, no es la inteligencia, en el sistema de Ben Gabirol, la primera causa: la primera causa para él, como para el moderno filósofo Schopenhauer, es la voluntad. Schopenhauer, con todo, funda en esa *voluntad* un sistema pesimista y ateo, y Ben Gabirol un sistema optimista y teísta. La comparación entre ambos sistemas exigiría, aun tratando el asunto ligerísimamente,

(1) El sistema cosmológico explicado por Dante (*Paraíso*, canto II), tiene mucho de la doctrina de Ben Gabirol:

Il ciel, cui tanti lumi fanno bello,
Dalla mente profonda, che lui volve,
Prende l'image e fassene sugello.
E come l'alma dentro á nostra polve
Per differenti membra, e conformate
A diverse potenzie si risolve,
Cosi la intelligenzia sua bontate,
Multiplicata per le stelle, spiega,
Girando se sovra sua unitate.
Virtú diversa fá diversa lega
Col prezioso corpo che ella avviva.
Nel qual, si come vita in voi, si lega.
Per la natura lieta, onde deriva,
La virtú mista per lo corpo luce
Come letizia per pupilla viva.

Sería curioso el comparar también la doctrina de Ben Gabirol con la de Alejo de Venegas (*Diferencias de libros*, etc.: Toledo, 1540), donde hay sin duda mucho parecido. El universo es un libro, copia del libro original ó arquetipo, que es el conocimiento de la divina esencia, que engendra al Verbo eterno, *en el cual y por el cual cría Dios todas las cosas*. La materia también es una, indeterminada, para Venegas; la forma la determina y la diferencia.

más espacio del que tenemos. Hay además quien supone que nos faltan datos para juzgar toda la doctrina de Ben Gabirol. El complemento de ella parece que debía estar en otro libro suyo, que se ha perdido, y que designa Guillermo de Auvergne con el título *De verbo Dei agente omnia.* Lo que sí podría completar y aclarar sus doctrinas son sus muchas composiciones poéticas, filosóficas ó religiosas las más, las cuales se conservan esparcidas en los libros litúrgicos de los judíos de todos los países, desde Polonia hasta Trípoli (1).

La mejor, la más bella de estas composiciones, se llama *Keter Malchut* (Corona real), «donde el espíritu pensador de poeta, dice Sachs, y su ánimo piadoso, han empleado toda la luz y todo el fuego que encerraban; donde el filósofo luce, en rica manifestación, todo el esfuerzo mental de su vida, y donde la sabiduría de su siglo y el eterno pensamiento fundamental del judaísmo se juntan y unifican, formando un todo que el poeta mismo reconoce como la flor y la corona de sus cantares.» —«Allí teje, como en gloriosa guirnalda para su Dios, cuanto su propio pensamiento le sugería, cuanto la experiencia le enseñaba, cuanto la sabiduría de su tiempo le infundía, y cuanto los sagrados libros le revelaban.»

Sería una profanación extractar aquí rápidamente, ó traducir en mala prosa, parte ó todo de este himno inmortal, de este extenso poema metafísico. Traducido en verso alemán, por Sachs,

(1) Sachs, pág. 222.

contiene ochocientos cuarenta y seis versos.

Según Ben Gabirol, Dios ha dado al hombre los ojos para que vea las maravillas del universo, revelación de Dios en la naturaleza; los oídos para que oiga los hechos del Eterno, su revelación en la historia, y el habla para que encierre y ordene en las palabras lo que ha visto y oído. Hay, no obstante, para nuestro filósofo malagueño una revelación interior, que es antes y está por cima de las otras revelaciones. «Lo que conviene estudiar antes que nada, dice, presagiando á Descartes, es la esencia del alma, sus facultades y accidentes; porque el alma percibe las cosas por sus facultades, que todo lo penetran.» Y no se crea que esto significa sólo que la psicología es para Ben Gabirol una propedéutica de la ciencia experimental, que entra por los oídos y los ojos y que se formula en el habla. Por cima de esto hay una ciencia primera, una intuición soberana del entendimiento, «que es el lazo que á Dios nos une.»—«Quieres, dice, descubrir los principios absolutos, ser uno con ellos y dominarlos mentalmente: pues eleva tu pensar al último objeto de todo pensar; límpiate y purifícate de la impureza de lo sensible; libértate de la prisión de la naturaleza, y con toda la energía de tu mente penetra en la verdad de la substancia del espíritu y compréndela, encerrando, envolviendo y escondiendo todo el universo exterior en un rincón de tu alma. Entonces conocerás la pequeñez de lo empírico y lo sensible con relación á la grandeza y elevación de la idea, y verás las existencias espirituales como si las tuvieses

delante de tus ojos y abarcadas en tu mano, y te reconocerás como sér semejante á ellas, y todo lo corpóreo nadará en la inmensidad del espíritu, como la nave en el mar y el pájaro en el aire.»

En suma, Ben Gabirol es para cuantos han leído alguna de sus obras uno de los más grandes filósofos y poetas que ha habido en el mundo. No se extrañe que me haya detenido en hablar de él más de lo que era propio de este artículo, siendo además andaluz, y por lo tanto mi paisano (1).

Los demás poetas judíos-españoles, cuyas obras publica y traduce Sachs en su libro, y cuyas vidas refiere, cuentan todos ó casi todos como filósofos; tales son: Josef-ben-Abitur, de Córdoba; Isaac-ben-Giat, de Lucena; Bechai-ben-Josef-ben-Bacedah. Abraham y Moisés-ben-Esrá, toledano el uno y granadino el otro, y el místico Moisés-ben-Nachman, médico y filósofo, natural de Gerona.

Sobre todos estos descuellan otros dos rabinos, que ya hemos citado. Es el uno Maimónides, ó sea Moisés-ben-Maimun, nacido en Córdoba en 1135. Franck ha escrito su *Vida y doctrina;* Munck, auxiliado por el Barón Rothschild, ha publicado el original y la traducción francesa de su *Guía de los extraviados*, ó más bien *de los perplejos*. Remitimos al lector á los trabajos de estos orientalistas.

En cuanto al otro, que es Jehuda Levita, ya hemos dicho que hay en castellano una traducción

(1) Según el descubrimiento de otro judío alemán, J. Moser, Ben Gabirol nació en Zaragoza y está enterrado en Ocaña; mas yo no quisiera creerlo, por no privar á Málaga de esta gloria.

de su obra capital, acompañada de comentario (1). También en alemán ha traducido y comentado la misma obra, anteponiendo una extensa introducción y publicando el texto hebráico de Aben Tibon, el Dr. David Cassel (2).

El *Cuzari* es una defensa y exposición de la religión judáica; pero contiene preciosos documentos sobre historia, exégesis bíblica y creencias y opiniones del tiempo en que se compuso, y asimismo no corta cantidad de elevados pensamientos filosóficos (3).

Jehuda-ben-Leví era además un eminente poeta, y, á pesar de la doble traducción, aquella calidad se descubre en el estilo de su prosa.

Como poeta religioso no tiene Jehuda quien compita con él entre sus correligionarios, sino Ben Gabirol. Sus versos son encomiados por Emanuel Aboab en la *Nomología*, diciendo que «todos son en alabanza del Señor bendito, y que no puede desearse mayor melodía, ni dulzura, ni propiedad en el decir de la que él usa.»—«Va este divino

(1) *Cuzari*, libro de gran ciencia y mucha doctrina, etc. Fué compuesto este libro en la lengua arábiga por el doctísimo R. Jeuda Levita, y traducido en la lengua santa por el famoso traductor R. Jeuda Aben Tibon, y agora nuevamente traducido del hebráico en español, y comentado por el Hachan R. Jaacob Abendaña. Con estilo fácil y grave: Amsterdam, año 5423 (1663).

(2) *Das Buch Kusari des Jehuda ha-Levi nach dem hebraischen Texte des Jehuda Ibn Tibbon, herausgegeben, übersetz und mit einem Commentar, so wie mit einer allgemeinen Einleitung versehen von Dr. David Cassel:* Leipzig, 1853.

(3) Véase los *Estudios sobre los judíos de España*, de Amador de los Ríos, págs. 254 y 618 y siguientes.